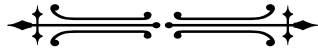


Carson Morton



EL ROBO
DE LA
MONA LISA

algaida
INTER

Título original: *Stealing Mona Lisa*

Primera edición: 2013

© 2011 Carson Morton

© Traducción de Pablo Manzano, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-864-9

Depósito legal: Se-39-2013

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo 15

PRIMERA PARTE

Capítulo 1 27

Capítulo 2 40

Capítulo 3 49

Capítulo 4 58

Capítulo 5 66

Capítulo 6 78

Capítulo 7 86

Capítulo 8 94

Capítulo 9 99

Capítulo 10 103

SEGUNDA PARTE

Capítulo 11 113

Capítulo 12 123

Capítulo 13 127

Capítulo 14 138

Capítulo 15 148

<i>Capítulo 16</i>	157
<i>Capítulo 17</i>	163
<i>Capítulo 18</i>	174
<i>Capítulo 19</i>	183
<i>Capítulo 20</i>	195
<i>Capítulo 21</i>	200

TERCERA PARTE

<i>Capítulo 22</i>	207
<i>Capítulo 23</i>	212
<i>Capítulo 24</i>	218
<i>Capítulo 25</i>	229
<i>Capítulo 26</i>	238

CUARTA PARTE

<i>Capítulo 27</i>	243
<i>Capítulo 28</i>	251
<i>Capítulo 29</i>	257
<i>Capítulo 30</i>	265
<i>Capítulo 31</i>	277
<i>Capítulo 32</i>	283
<i>Capítulo 33</i>	294
<i>Capítulo 34</i>	305
<i>Capítulo 35</i>	310
<i>Capítulo 36</i>	316
<i>Capítulo 37</i>	319
<i>Capítulo 38</i>	327
<i>Capítulo 39</i>	335

QUINTA PARTE

<i>Capítulo 40</i>	339
<i>Capítulo 41</i>	359
<i>Capítulo 42</i>	365
<i>Capítulo 43</i>	377
<i>Capítulo 44</i>	385
<i>Capítulo 45</i>	393
<i>Capítulo 46</i>	403
<i>Capítulo 47</i>	408
<i>Capítulo 48</i>	411
<i>Capítulo 49</i>	419
<i>Capítulo 50</i>	422
<i>Capítulo 51</i>	426
<i>Capítulo 52</i>	432
<i>Capítulo 53</i>	438

SEXTA PARTE

<i>Capítulo 54</i>	447
<i>Capítulo 55</i>	451
<i>Epílogo</i>	454
<i>Nota del autor</i>	459
<i>Agradecimientos</i>	461

*Para mis padres,
Connie y Carson*

Basado en hechos reales

Se dice que no hay ningún suceso que no pueda mejorarse al contarlo. Con esta idea y con fines narrativos, se ha modificado la cronología de algunos acontecimientos.

PRÓLOGO

PARÍS, 1925

LA VISIÓN DE LA CARROZA FÚNEBRE TIRADA POR CABALLOS y de su macabro séquito surgiendo como un espectro de la vaporosa bruma del final de la mañana detuvo en seco a Roger Hargreaves.

Atados a un carruaje de cuero negro, cuatro caballos azabache permanecían antinaturalmente inmóviles, con sus cabezas adornadas con penachos de plumas rojas. Tres frailes —manos cruzadas y rostros ocultos por las capuchas de sus toscos hábitos— contemplaban los adoquines que estaban bajo sus pies. Un empleado de pompas fúnebres de larga levita negra estaba sentado en el pescante; bajo un brillante sombrero de copa se adivinaba su adusto rostro. El mórbido cuadro abarcaba la mitad del primero de los tres patios conocidos colectivamente como la *cour* de Rohan, un frondoso oasis al final de Saint-Germain-des-Prés.

La fantasmal escena le dio a Hargreaves la inquietante sensación de que, de alguna manera, lo estaban esperando a él.

Aguantando la fuerte tentación de dar media vuelta y regresar al vivo ajetreo del cercano bulevar Saint-Germain, Hargreaves dio un paso adelante. El caballo principal y el empleado de pompas fúnebres volvieron sus cabezas casi al unísono. Momentáneamente paralizado por la falta de expresión y la mirada penetrante del cochero, Hargreaves lo saludó con una ligera inclinación de cabeza, gesto que le devolvió el cochero de manera casi imperceptible. Desvió la vista y comprobó una vez más la dirección escrita en su cuadernillo de reportero: «23 *cour* de Rohan», presumiblemente una de las estrechas y apiñadas residencias de piedra rosácea de tres plantas, semiocultas por los troncos retorcidos y enredaderas silvestres que serpentean en torno a sus ventanas. Por un momento pensó en preguntar al cochero fúnebre cuál de las casas podría ser, pero descartó rápidamente la idea. No le apetecía en absoluto comunicarse con aquel hombre. Además, él era periodista y podía encontrar sin problemas una simple dirección.

Hargreaves miró el nombre escrito en su cuadernillo: Eduardo de Valfierno, una especie de marqués de algo. Por supuesto, en estos días, media sociedad de París proclamaba su derecho a uno u otro título. Quienquiera que fuese, decía tener información relativa al robo de la *Mona Lisa* —o, ¿cómo la llamaban los franceses? *La Joconde*— del museo del Louvre en 1911. Noticia antigua, evidentemente. La recuperaron no mucho tiempo después del accidente, pero allí podría haber un reportaje. El marqués se había puesto en contacto por teléfono con su periódico, el *London Daily Express*, y habían cerrado al-

gún acuerdo. Para reducir gastos, el director del periódico había telegrafiado a Hargreaves —que ya estaba como corresponsal en París— dándole instrucciones. Al menos, supondría un cambio de ritmo con respecto a cubrir la *Exposition Internationale* en la Plaza de los Inválidos. Si tuviese que escribir otro artículo sobre las maravillas del mobiliario *art déco*, él mismo se tiraría al Sena.

Tratando de ignorar al cochero fúnebre y su séquito, Hargreaves pasó por delante de ellos y, a través de una cancela parcialmente abierta, entró en un pequeño patio. La suerte estaba de su parte. Pegada a la pared, al lado de una gran puerta verde, medio oculta por una ramita de hiedra, había una placa de madera con el número 23 inscrito en ella. Levantó una aldaba de bronce con forma de cabeza de gato y golpeó tres veces con ella sobre una desgastada placa. Mientras esperaba respuesta, no pudo resistirse a dirigir una última mirada al cortejo fúnebre a través de la cancela de hierro forjado.

—¿Qué desea, *monsieur*?

Hargreaves se volvió, sobresaltado. Una mujer bajita, corpulenta, de unos sesenta y bastantes años se asomaba a la puerta en postura un tanto desafiante, con los brazos en jarras.

—*Bonjour, madame* —dijo, quitándose el sombrero hongo—. Robert Hargreaves. He venido a entrevistar al marqués de Valfierno.

La mujer lo examinó con la gélida mirada de una maestra. Después, con un bufido desdeñoso, se giró y, con la espalda sobre la jamba de la puerta, más que invitarlo a entrar, parecía retarlo a que lo hiciese.

Dejándola atrás, Hargreaves se introdujo en un vestíbulo escasamente iluminado.

—Los hombres esos que están en el patio —dijo, tratando de entablar conversación— forman todo un espectáculo.

La mujer no dijo nada. Cerró la puerta y lo condujo hasta una salita abarrotada de muebles disparejos, con las ventanas adornadas con recargadas colgaduras. Trató de distinguir el aroma del aire. Jazmín, quizá. En todo caso, algo extrañamente exótico, mezclado con un desagradable olor a humedad.

La mujer se sentó en una silla de madera de respaldo alto y le indicó un lujoso sofá. Hargreaves se hundió en los gastados muelles. Forzado a mirarla, se sentía como un escolar que fuese a recibir una buena regañina por alguna fechoría. A esto siguió un silencio roto únicamente por el resoplido de uno de los caballos que estaban en el patio.

—*Madame* —comenzó a decir Hargreaves—, creo que sabe usted más de mí que yo de usted.

—Soy *madame* Charneau —dijo abruptamente—. Esta es mi casa de huéspedes.

Hargreaves asintió. Más silencio.

—¿El marqués —preguntó pasado un momento— está aquí?

—El marqués es uno de mis huéspedes —replicó *madame* Charneau.

—¿Puedo... verlo?

—Usted es periodista, ¿no? —dijo la mujer, en un tono que parecía más una acusación que una pregunta.

—Corresponsal, sí. Del *London Daily Express*.

—Y usted compensará al marqués por esta... entrevista —dijo la palabra como si fuese algo desagradable.

—Se ha hecho un trato, sí —dijo Hargreaves, moviéndose, incómodo, en el sofá.

—El marqués es un gran hombre, sin duda —dijo la mujer, como si no lo creyera durante un momento—. Ya se ha retrasado tres meses en el pago de su habitación. Y está muy enfermo. Ya ha visto el cortejo fúnebre en la calle.

—Bueno, sí, claro.

—Mi hermano se dedica a las pompas fúnebres. Como favor personal, ha traído a sus hombres, que tendrían que haber ido a hacer un trabajo en otro sitio.

—¿Tan mal está el marqués?

—Le seré franca, *monsieur*. Si quiere verlo, tendrá que darme el dinero ahora. Yo lo destinaré a pagar su habitación y los honorarios del médico.

La garganta de Hargreaves se tensó.

—*Madame*, no estoy... muy seguro de que pueda hacer tal cosa...

Ella empezó a ponerse en pie.

—En ese caso, le deseo que pase un buen día.

Estaba hecho polvo. No quería regresar a Londres con las manos vacías, así que levantó la mano en señal de que se rendía. *Madame Charneau* se detuvo y volvió a sentarse, con una media sonrisa en el rostro. Hargreaves sacó el fajo de billetes de francos que había preparado y, tras hacer una breve y pesadosa evaluación, se lo entregó a ella.

En cuanto lo tuvo en sus manos, su disposición cambió por completo.

Se puso rápidamente en pie y dijo alegremente:

—Ya lo ve, *monsieur*, la niebla se ha levantado. Después de todo, va a ser un bonito día.

Con un paso más ligero del que antes hubiese apreciado Hargreaves, lo condujo fuera del vestíbulo y, por una escalera, lo llevó hasta el primer piso. Mientras subían, miró subrepticamente su reloj de bolsillo. Un colega francés tenía entradas para ver a la sensacional norteamericana Josephine Baker y su *Revue Nègre* aquella misma noche en el Moulin Rouge. No estaba muy seguro de que le gustaran tales espectáculos, pero, a fin de cuentas, esto era París. En todo caso, esperaba que la entrevista no le llevara demasiado tiempo.

Al llegar al primer piso, se abrían al pasillo cinco puertas y había otra escalera estrecha que ascendía al piso superior. *Madame Charneau* abrió la primera puerta a su derecha e introdujo a Hargreaves en una habitación oscura y cerrada a cal y canto. En la penumbra, solo pudo distinguir una figura tendida bajo una gruesa manta en una cama de bronce. *Madame Charneau* se acercó a la ventana, recorrió una pesada cortina y una luz fuerte bañó la estancia. El hombre que estaba en la cama se tapó los ojos y volvió la cara a la pared.

Madame Charneau era un modelo de viva y alegre eficiencia mientras arreglaba la sábana y estiraba la manta del hombre.

—Tiene visita, *marqués* —dijo ella con entusiasmo.

El hombre de la cama no hizo movimiento alguno mientras *madame* Charneau acercaba una silla de madera y le indicaba a Hargreaves que se sentase.

—Este es *monsieur* Hargreaves. Viene a escuchar sus historias.

Con cierta renuencia, Hargreaves se dejó caer lentamente en la silla.

—Bueno, los dejo solos, ¿no? —dijo *madame* Charneau mientras se acercaba a la puerta—. Estaré aquí cerca por si me necesitan —añadió antes de salir de la habitación y cerrar la puerta tras ella.

La mirada de Hargreaves se clavó en el cogote del hombre. Su espeso cabello era de un blanco casi luminiscente, apelmazado por el contacto con la almohada.

—Marqués —comenzó Hargreaves; pero Valfierno, mirando a la pared, levantó la mano para que se callase. Después, lentamente, fue volviendo la cabeza hacia la luz, entrecerrando los ojos frente a la claridad. Sin mirar a Hargreaves, señaló una mesilla llena de varias jarras y botellas—. Claro, claro —dijo Hargreaves—. Tiene sed.

Agradecido por tener algo de lo que ocuparse, Hargreaves cogió una jarra de agua y llenó un vaso. Se lo acercó a Valfierno que, impaciente, lo apartó, derramando parte de su contenido sobre la colcha. Señaló otra vez la mesa. Al lado de la jarra de agua había una botella medio llena de lo que parecía ser ginebra o vodka.

—¿La botella? —preguntó Hargreaves.

Valfierno asintió.

Hargreaves cogió la botella y encontró un vaso pegajoso en el batiburrillo de la mesa. Lo llenó y se lo pasó

al hombre. Valfierno se irguió sobre un codo, agarró el vaso y, con ansia, bebió el líquido transparente. Saboreando la experiencia, le entregó a Hargreaves el vaso vacío y se tendió de nuevo con una expresión que se acercaba a la satisfacción, o quizá solo fuese un alivio momentáneo del dolor.

Después, empezó a toser de forma explosiva.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hargreaves, pensando que solo había acelerado el deceso del hombre.

Las toses fueron remitiendo poco a poco, como una tormenta que se desvanece en la distancia.

—Ya me encuentro mejor —concedió. Su voz era hueca, tan seca como el pergamino. Después, por primera vez, miró directamente al inglés a través de unos ojos legañosos e inyectados en sangre. Sus labios se curvaron en una sonrisa ligeramente sardónica y añadió—: Pero gracias por preguntar.

Aunque Hargreaves estimaba que el hombre quizá no tuviese aún sesenta años, aparentaba más edad de la que en realidad tenía, con su rostro cetrino y demacrado, sin afeitarse.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó Valfierno, aclarándose la voz y ganando resonancia.

Hargreaves dudó.

—¡Ah!, sí... el dinero. Para no mentir, se lo entregué a *madame* Charneau para su custodia.

—¡Esa bruja! —escupió Valfierno, arrastrando otra serie de toses atroces—. Solo deseo vivir para atormentar algo más a esa *putain* —añadió, tosiendo de nuevo y mo-

viendo la cabeza resignado—. No se preocupe. No queda mucho tiempo. ¿Está preparado?

Hargreaves asintió y sacó del bolsillo de la chaqueta su cuadernillo y un lápiz.

—Completamente preparado. Estoy seguro de que nuestros lectores estarán deseando conocer con todo detalle la historia del robo de la pintura más grandiosa del mundo. He preparado unas preguntas...

Valfierno le cortó con un seco gesto de la mano.

—¡Nada de preguntas! ¡Nada de respuestas!

Hargreaves retrocedió ante la explosión.

—No tema —dijo Valfierno, suavizando la voz—. No se va a ir con las manos vacías. Le contaré una historia. ¿Le gustan las historias?

—Si son ciertas —replicó Hargreaves, tirante.

Valfierno asintió.

—En ese caso, le contaré una historia verdadera.

Valfierno hundió profundamente la cabeza en la almohada y se quedó mirando el techo como si viera algo oculto en la profundidad de las grietas del yeso.

—¿Ha estado alguna vez en Buenos Aires, señor...?

—Hargreaves, y no, no he tenido ese placer.

—Placer, en efecto —dijo Valfierno, ignorando el impaciente sarcasmo en la voz de Hargreaves—. La fragancia de los jacarandás llena el aire; las parrillas-café atraen con sus tentadores aromas, y los tangos interpretados por las orquestas típicas atormentan el alma con sus elusivas promesas de amor.

Cerrando el puño y llevandoselo al corazón, se volvió a mirar directamente a los ojos del reportero.

—¿Alguna vez ha experimentado *le coup de foudre*¹, señor Hargreaves? ¿Se ha enamorado alguna vez a primera vista?

Hargreaves se movió incómodo.

—Yo diría que no.

—¿Sabe que un hombre puede caer bajo el hechizo de una mujer sin darse cuenta siquiera?

Hargreaves no estaba consiguiendo ninguna información. Tenía que hacer que este hombre volviera al tema de la entrevista.

—Mencionó usted Buenos Aires.

Valfierno volvió el rostro de nuevo al techo. Sus ojos se cerraron y, por un momento, Hargreaves creyó que se había dormido o algo peor. Pero entonces se abrieron, brillando con reluciente intensidad a través de la lechosa bruma.

—Sí —dijo—. Buenos Aires: allí empieza mi historia.

¹ Una pasión violenta y súbita. (*N. del T.*).

PRIMERA PARTE

Ceba bien el anzuelo y el pez picará.

SHAKESPEARE, *Mucho ruido y pocas nueces*.

CAPÍTULO 1

BUENOS AIRES, 1910

EL MARQUÉS DE VALFIERNO ESTABA EN PIE DÁNDOSE toquecitos en la palma de la mano con la empuñadura de su bastón de caballero, al pie de la escalinata del Museo Nacional de Bellas Artes. Su panamá le ensombrecía el rostro y su immaculado terno blanco contribuía a reflejar el fuerte sol sudamericano, pero él seguía sintiendo un incómodo calor. Podría haber optado por esperar en la parte superior de la escalera, a la sombra del pórtico del museo, pero prefería siempre saludar a sus clientes al nivel de la calle y subir con ellos hasta la entrada. El hecho de subir juntos la escalinata encerraba algo que favorecía la conversación fácil y animada, como si su cliente y él se embarcaran en un trascendental viaje, un viaje que los enriquecería a ambos.

Miró su reloj de bolsillo: las cuatro y veintiocho. Joshua Hart sería puntual. Había amasado su fortuna asegurándose de que sus trenes llegaran a su hora. Se había convertido en uno de los hombres más ricos del mundo llenando aquellos convoyes de pasajeros que leían sus pe-

riódicos, y cargándolos con montañas de carbón y hierro con destino a sus propias fábricas para producir el acero que necesitaban los nuevos Estados Unidos.

Las cuatro y media. Valfierno repasó la plaza con la mirada. Joshua Hart, el titán de la industria, llegaba como la locomotora de uno de sus trenes: un hombre corpulento con forma de tonel, robusto a sus sesenta años, vestido con un terno negro, a pesar del calor. Valfierno casi podía ver el espeso humo ascendente desde la chimenea de su sombrero de copa.

—Señor¹ Hart —dijo Valfierno cuando el hombre de menor estatura se plantó frente a él—, como siempre, es un honor, un placer y un privilegio verlo.

—Guárdese las gilipolleces, Valfierno —dijo Hart con solo un ligero indicio de irónica camaradería—. Si este país dejado de la mano de Dios fuese un poco más cálido, no me extrañaría descubrir que fuese el mismo Hades.

—Me parece —dijo Valfierno— que el diablo se encontraría como en casa en cualquier clima.

Hart se permitió una reticente sonrisa de aprecio por esta observación mientras se secaba la cara con un pañuelo blanco de seda. Solo entonces se percató Valfierno de la presencia de las dos delgadas mujeres, ambas con sendos vestidos blancos, de encaje, y ambas más altas que Hart, juntas tras él como los coches de un tren enganchados con flexibilidad. Una de ellas tendría cincuenta y tantos años; la otra, unos treinta y pocos quizá. Con el paso de los años, Valfierno había cerrado tratos con Hart en diversas oca-

¹ En español en el original. (*N. del T.*)

siones, sabía que estaba casado, pero nunca había conocido a su esposa. Como no podía ser de otra manera, dio por supuesto que la mujer más joven era su hija.

Valfierno se quitó el sombrero a modo de saludo y, con la mirada, le pidió a Hart que se las presentase.

—¡Ah, sí!, claro —empezó Hart con un gesto de impaciencia—. Le presento a mi esposa, *mistress* Hart...

Hart señaló a la mujer más joven, que sonrió recatadamente y solo estableció un breve contacto visual con Valfierno.

—... y esta —dijo Hart con un deje de desaprobación en su voz— es su madre.

La mujer mayor no dio respuesta alguna.

Valfierno inclinó la cabeza.

—Eduardo de Valfierno —dijo, presentándose a sí mismo—. Es un placer conocerlas.

El rostro de *mistress* Hart estaba parcialmente oculto por la amplia ala de su sombrero y la primera impresión de Valfierno fue la de una piel blanca y suave y un mentón delicadamente apuntado.

La madre de *mistress* Hart era una mujer guapa, algo cansada, cuya plácida sonrisa estaba como petrificada, igual que su mirada, una mirada fija, concentrada en un punto más allá del hombro de Valfierno. Sintió la necesidad de darse la vuelta para ver lo que estaba mirando, pero lo pensó mejor. «¿Era ciega acaso? No, no era ciega. Era otra cosa».

—Señoras mías, confío en que estén disfrutando de su visita —dijo.

—Todavía no hemos podido ver mucho —empezó a decir *mistress* Hart—, pero esperamos...

—Querida —la cortó Hart con forzada cortesía—, el marqués y yo tenemos asuntos que tratar.

—Claro —dijo *mistress* Hart.

Hart se volvió hacia Valfierno.

—Vamos a ello, ¿no?

—Naturalmente, señor —replicó Valfierno con una breve mirada hacia *mistress* Hart mientras ella apartaba suavemente una mosca del hombro de su madre—. Después de usted —añadió, enfatizándolo con un amplio movimiento de la mano.

Él había previsto que las damas pasaran primero, pero Hart comenzó inmediatamente a subir las escaleras. *Mistress* Hart pareció dudar un momento y decidió seguir a su esposo sin esperar.

Valfierno tuvo el detalle de dejar un escalón de diferencia con respecto a Hart con la idea de mantener sus cabezas al mismo nivel.

—No quedará defraudado, se lo aseguro.

—Mejor así.

Valfierno echó una mirada atrás. *Mistress* Hart conducía a su madre subiendo la escalinata.

Cuando llegaron arriba, Valfierno sacó su reloj de bolsillo.

—El museo cierra en quince minutos —dijo—. Perfecta coordinación.

Entraron en el vestíbulo, deteniéndose y volviéndose cuando *mistress* Hart y su madre entraban tras ellos.

—Creo que lo mejor es que os quedéis aquí, en el vestíbulo —dijo Hart—. Lo entiendes, ¿verdad, querida? —añadió en un tono atento pero firme.

—Había pensado que a madre y a mí nos gustaría ver algunas de las...

—Volveremos mañana... y tendréis más tiempo para apreciar el arte. Ya dije que creía que lo mejor era que os quedaseis en el hotel. Ahora, por favor, haz lo que te digo.

Valfierno notó que *mistress* Hart estaba a punto de protestar, pero, tras una breve pausa, apartó la vista y dijo simplemente:

—Como quieras.

La mirada que Hart dirigió a Valfierno era inconfundible: ¡basta de cháchara! Con una breve inclinación de cabeza hacia *mistress* Hart, Valfierno lo condujo por el museo.

Los dos hombres atravesaron un gran atrio, moviéndose a través del polvo en suspensión, visible con los rayos del sol vespertino. Los pocos visitantes que seguían en el museo se encaminaban ya en dirección opuesta, hacia la salida.

—Si se puede decir —comenzó Valfierno—, su esposa es encantadora.

—Sí —dijo Hart, claramente distraído.

—Y su madre...

Hart lo cortó.

—Su madre es imbécil.

Valfierno no fue capaz de encontrar respuesta a eso.

—Está ida —continuó Hart—. No tenía sentido traerla, pero mi mujer insistió.

Un momento después, Valfierno y Hart estaban ante *La ninfa sorprendida*, de Édouard Manet, colgado en una pared aislada que corría por el centro de la galería

conocida como Sala 17. Una ninfa rellenita y curvilínea sostiene firmemente un vestido blanco sedoso contra sus pechos para ocultar su desnudez. Se vuelve hacia el intruso que la ha sorprendido sentada y sola en un bosque silvestre, preparándose quizá para bañarse en el estanque que se halla tras ella. Sus ojos están abiertos de par en par por la sorpresa, pero sus labios carnosos, solo ligeramente abiertos, sugieren que, aunque sobresaltada, no está asustada.

Valfierno había estado aquí muchas veces antes y siempre se preguntaba quién era el intruso: ¿un completo extraño? ¿Alguien a quien conocía que ella esperaba que la siguiera? ¿O acaso el intruso era el mismo Valfierno o cualquier otro que se sintiera intimidado por ella?

—Exquisito, ¿no? —dijo Valfierno, más como afirmación que como pregunta.

Hart lo ignoró. Estaba mirando la pintura, evaluándola con la mirada suspicaz de un hombre que trata de encontrar defectos en un caballo de carreras que está pensando comprar.

—Es más oscuro de lo que creía —dijo Hart por fin.

—Sin embargo, la suave luz de su piel aparta la mirada de la oscuridad, ¿no le parece? —señaló Valfierno.

—Sí, sí —dijo Hart; la impaciencia de su voz delataba su creciente agitación—. ¿Y dice usted que es una de sus obras más celebradas?

—Una entre muchas —concedió Valfierno—. Pero, desde luego, muy famosa.

Ninguna alabanza excesiva. Dejó que la pintura y la avaricia del cliente hicieran todo el trabajo.

Valfierno dejó que el silencio que siguió flotara en el ambiente. En estas cuestiones, el ritmo lo era todo. Dejó que *mister* Joshua Hart, de Newport (Rhode Island), lo asimilara todo. Le dejó absorberlo hasta que el pensamiento de dejar Argentina sin el objeto de su obsesión fuera inimaginable.

—Señor Hart —dijo por fin, mirando su reloj de bolsillo—, solo quedan cinco minutos para que cierren.

Joshua Hart inclinó la cabeza hacia Valfierno, con los ojos fijos en la pintura.

—Pero, ¿cómo lo va a conseguir? Todo Buenos Aires se levantará en armas. Vendrán a por nosotros.

—Señor, todo museo que se precie tiene copias de sus obras más importantes preparadas para exponerlas si le sucede algo a aquellas. El público en general nunca sabrá siquiera que falta.

—Pero no es el público quien me preocupa. ¿Y la policía? ¿Y las autoridades?

Valfierno ya esperaba la reacción, el momento en el que al cliente le asaltan las dudas y trata de convencerse a sí mismo de que ha viajado miles de kilómetros para admirar el objeto de sus deseos, pero ahora teme que los riesgos implicados sean demasiado grandes.

—Usted sobrestima las posibilidades de las autoridades locales, señor. Cuando puedan arreglárselas para organizar su investigación, usted estará fumándose un cigarro en la cubierta de su barco mirando ya la costa de Florida.

Hart no supo qué decir durante un momento, buscando objeciones. Finalmente, dijo:

—¿Cómo puedo saber que usted no me entregará una copia en vez de la obra original?

Esta era la pregunta que Valfierno había estado esperando. Miró a un lado y a otro de la estrecha galería. Estaban solos y no por casualidad. Valfierno avanzó hacia el cuadro e hizo señas a Hart para que se le acercara. El rostro de Hart se tensó por la ansiedad, pero Valfierno lo animó con una sonrisa tranquilizadora. Hart miró también a ambos lados de la galería antes de dar un paso adelante. Valfierno sacó una adornada pluma estilográfica de su bolsillo. Con estudiada parsimonia, desenroscó el capuchón, lo colocó sobre la parte trasera del cuerpo de la pluma y se la ofreció a Hart, que reaccionó como si de una mortífera arma se tratase.

—Adelante, cójala —lo animó Valfierno.

Con cautela, Hart aceptó la estilográfica. Valfierno agarró un lado de la parte inferior del marco y, con cuidado, lo apartó de la pared.

—Haga una señal en la parte trasera de la tela. Sus iniciales, si le parece. Algo que pueda reconocer.

Hart dudaba.

—Nos queda poco tiempo, señor —lo dijo sin prisa ni preocupación. Una sencilla constatación de un hecho.

La respiración de Hart se hizo trabajosa y entrecortada mientras, inclinándose hacia la pared, agarraba la esquina inferior del marco con su mano izquierda y garabateaba algo en la parte de atrás de la pesada tela. Valfierno dejó que la parte inferior del marco quedara suavemente en su posición, asegurándose de que el cuadro quedara derecho.

—Espero que sepa lo que está haciendo —dijo Hart, devolviéndole la estilográfica.

Valfierno puso el capuchón en su sitio.

—El resto déjemelo a mí.

Al salir de la galería, Valfierno y Hart se cruzaron con un desgarbado joven del personal de mantenimiento, que llevaba un largo guardapolvos blanco y una capucha que le cubría la cara, mientras pasaba una fregona por el suelo húmedo. A un lado del arco de entrada, habían colgado un letrero provisional que rezaba: «GALERÍA CERRADA». Hart lanzó al hombre una mirada de desprecio cuando se vio obligado a pisar sobre un pequeño charco. No se dio cuenta de que Valfierno y el empleado de mantenimiento intercambiaron una fugaz mirada y, al pasar, el marqués le hizo una ligera y convenida inclinación de cabeza.

Valfierno, Joshua Hart y las dos damas fueron los últimos visitantes que salieron del museo. Hart fue el primero en bajar la escalinata, en evidente estado de agitación. Valfierno descendió con *mistress* Hart y su madre.

—Mañana —comenzó— tendrán mucho más tiempo para disfrutar de las joyas del museo.

—Sí —dijo *mistress* Hart—. Eso espero.

Joshua Hart estaba esperando al final de la escalera, dándoles la espalda. En cuanto pusieron el pie en la plaza tras él, se volvió y le disparó a Valfierno una pregunta en tono desafiante:

—Y ahora, ¿qué pasa?

Valfierno miró a su alrededor para asegurarse de que

no hubiera cerca ningún oído indiscreto.

—Por la mañana, le llevaré el objeto en cuestión a su hotel.

—Tengo que decirle —manifestó Hart— que estoy empezando a sentirme incómodo con toda esta cuestión.

Cierto grado de resistencia del cliente en el último minuto no era raro, por supuesto, pero Valfierno no había previsto esta salida de Hart.

—No hay nada de que preocuparse; puedo asegurárselo.

—Necesitaré cierto tiempo para pensarlo. Quizá no sea una buena idea, después de todo. —Hart hablaba más para sí mismo que para otra persona.

Valfierno tuvo que cambiar de tema rápidamente. Lo último que deseaba era que su cliente le diera demasiadas vueltas a los posibles riesgos implicados.

—Me parece que necesita airear la mente un rato —dijo con su voz más tranquilizadora—. La noche está cayendo. La frescura del aire invita a una exploración de la ciudad.

—¿A esto le llama fresco? —dijo Hart—. A duras penas puedo respirar.

—En realidad —comenzó *mistress* Hart en respuesta a Valfierno—, habíamos hablado de hacer quizá una visita al zoo —dijo, con una voz que parecía esperanzada, aunque indecisa.

—Una magnífica idea —dijo él, agradecido por la involuntaria ayuda prestada por la joven mujer—. Está abierto por lo menos hasta las siete y el recinto del jaguar es visita obligada.

—Mi madre tiene muchas ganas de ir a verlo, ¿no es así, madre?

La mujer mayor solo mostró una ligerísima reacción, más al tacto de la mano de su hija que a sus palabras.

Hart prestó atención a las mujeres por primera vez desde la salida del museo.

—No digas tonterías —dijo, enmascarando su irritación bajo una capa de preocupación—. Hace demasiado calor para eso y las calles son demasiado peligrosas por la noche. Es mejor que regresemos al hotel.

Los labios de *mistress* Hart se entreabrieron ligeramente como si fuera a responder, pero no dijo nada.

Valfierno sintió la urgente necesidad de apoyar los deseos de la joven dama:

—Puedo asegurarle —dijo— que las calles son perfectamente seguras en esta zona.

—¿Y quién es usted ahora? —preguntó, mordaz, Hart—. ¿El alcalde, acaso?

Valfierno sonrió, ladeando ligeramente la cabeza.

—No oficialmente, no.

A Valfierno le encantó notar el breve esbozo de sonrisa que atravesó el rostro de *mistress* Hart.

—Es hora de irnos —dijo Hart, cortante, volviéndose a su esposa—. Vamos, querida —añadió y, sin esperar a las mujeres, comenzó a cruzar la plaza a grandes zancadas.

—Hasta mañana por la mañana, señor Hart —le dijo Valfierno.

—Debo pensarlo —le espetó Hart con un movimiento desdeñoso de la mano—. Tengo que pensarlo.

Mistress Hart saludó a Valfierno con una ligera inclinación de cabeza, mientras agarraba a su madre y seguía a su esposo.

Valfierno se quitó el sombrero.

—Señoras —dijo a modo de despedida.

Hart y las dos mujeres se sumergieron en la muchedumbre que invadía las calles al fresco de la caída de la tarde. Tras una profunda inspiración, Valfierno se llevó un pañuelo blanco a la frente y se permitió sudar por primera vez en toda la tarde.

Dentro de la galería, el joven de mantenimiento del guardapolvos blanco se encontraba ante *La ninfa sorprendida* de Manet. Miró una vez más a todos lados para asegurarse de que estaba solo, dio un paso adelante y, con la mano izquierda, levantó la parte inferior del marco, separándolo de la pared. Metió la mano derecha por detrás del cuadro; hizo presión sobre la parte trasera del lienzo y lo arrastró hasta que asomó su borde inferior. Lo agarró y, lentamente, tiró de él hacia abajo como si estuviese corriendo una cortinilla sobre una cortina. Poco a poco, fue apareciendo una segunda pintura, una copia idéntica, la que había colocado detrás de la original la tarde anterior. Siguió tirando ininterrumpidamente hasta retirar por completo la segunda pintura sin perturbar la obra maestra, que seguía en su sitio dentro del marco.

Volvió a dejar suavemente el marco sobre la pared y empezó a enrollar la copia, en la que aparecían las iniciales «J.H.» escritas al dorso con letras estilizadas.

—¿Quién ha cerrado esta galería?

El sonido de una voz autoritaria lo sorprendió. Venía

de la dirección de la entrada de la galería, invisible desde este ángulo a causa del muro aislado central. Uno de los vigilantes del museo, sin duda.

El eco de las pisadas le indicaba al joven que solo disponía de unos segundos antes de que lo descubrieran. Con rápidos movimientos de muñeca, terminó de enrollar la copia. Deslizándolo el cilindro bajo su largo guardapolvos, se dirigió con brío hacia el extremo de la galería más alejado de la entrada. Giró al final del muro central al mismo tiempo que el vigilante hacía lo propio por el extremo opuesto, por lo que ninguno de los dos vio al otro. Caminando rápidamente hacia la entrada de la galería, ajustó sus zancadas al sonido de los pasos del vigilante, que llegaban del extremo opuesto del muro.

—¿Hay alguien aquí? —Oyó que decía el vigilante mientras atravesaba la entrada de la galería, dejando atrás la señal que previamente había puesto. Cruzó el atrio principal y entró en un pasillo solo utilizado por el personal del museo, sacó una llave y abrió la puerta. Salió; cerró la puerta tras él y se alejó, adentrándose en la marea humana vespertina.